

MUÑOZ, Emilio y RODRIGUEZ, Hannot (Eds)(2004): **Plantas transgénicas: las caras contrapuestas del progreso**, Donostia, Erein, 222 págs.

Los coordinadores del libro aquí reseñado señalan, en la introducción, que las plantas transgénicas son objeto de un debate sin fin en las últimas décadas desde que los avances en biología molecular han permitido crear productos transgénicos, modificados genéticamente, especialmente algunos cultivos como maíz, soja y algodón. La agricultura biotecnológica está en el centro de un debate en el que participan organizaciones científicas de países desarrollados y algunas supranacionales como la OMS (Organización Mundial de la Salud) y la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación), encargadas de marcar las pautas a nivel mundial en temas clave como la salud y alimentación.

El debate se produce a nivel científico (centrándose en valoración de impactos ambientales y seguridad alimentaria), de distinta valoración de unos países a otros (positiva en Estados Unidos y algunos países europeos como España, Portugal y Finlandia, negativos en Grecia y Austria e intermedios en el resto de los de Europa) y por las diferencias en la regulación legal de los mismos, reciente en la Unión Europea. Las opiniones encontradas se han traducido en un conflicto comercial entre la Unión Europea, que propone controlarlos, y Estados Unidos, Canadá y Argentina, que se muestran partidarios de seguir exportando grandes cantidades de soja y maíz con el pretexto de que es el mejor medio de acabar con el hambre en países atrasados.

La obra objeto de esta reseña se articula en siete capítulos. En el primero, José Luis García analiza las ventajas de los transgénicos tanto en términos productivistas como para la salud humana, la calidad medioambiental y el ámbito socioeconómico. Entre las ventajas agronómicas apunta mayores rendimientos, menos costes de producción, cultivos resistentes a los herbicidas como la colza desde 1995 y, posteriormente, variedades de maíz, algodón, soja, lechuga, tomate, trigo, remolacha, etc. La única pega es que una misma compañía monopoliza la producción de herbicidas y el uso de plantas resistentes, con lo que controla el mercado. Otras variedades de cultivos se han ido convirtiendo en resistentes al ataque de insectos, roedores y aves que comen las cosechas y de virus, bacterias y hongos que las destruyen. El algodón biotecnológico redujo el consumo de

insecticidas químicos en casi un millón de kilos en 1999, con las ventajas ambientales y económicas que esto supone. La mayoría de los transgénicos permiten reducir el uso de pesticidas y fertilizantes, con el consiguiente beneficio para la salud, los ecosistemas y la economía de los campesinos y consumidores, ofrecen ventajas también para el sector farmacéutico y se consideran imprescindibles para alimentar a una parte importante de los 8.000 millones de personas que se estima que poblarán la tierra en el 2030, especialmente a la de países en desarrollo, para lo que habría que ampliar los treinta millones de hectáreas que se están cultivando actualmente de transgénicos.

Jorge Riechmann señala, en el capítulo segundo, los riesgos para la salud humana, para el equilibrio ecológico planetario y para los agricultores al depender cada vez más de las multinacionales que se preocupan casi exclusivamente de controlar el sector, especialmente en Estados Unidos. Algunos transgénicos pueden convertirse en tóxicos o alérgicos, se usan en productos farmacéuticos sin las garantías necesarias, se comercializan alimentos preparados con maíz transgénico no apto para consumo humano, se traslada la producción a países atrasados sin capacidad de controlar sus riesgos (Argentina con un 23% de la producción mundial de transgénicos en el 2002 ocupa el segundo lugar tras Estados Unidos que aún acapara el 66% de dicha producción), aumenta su difusión a un ritmo rápido (en el 2002 ya representan más del 10% del mercado mundial de semillas, ocupando 59 millones de hectáreas sembradas de maíz, soja, algodón y colza) pero sin reducir el hambre ni la desnutrición.

En el capítulo tercero, Oliver Todt estudia la gestión social de la seguridad de las plantas transgénicas en España que presenta una imagen ambigua por las opiniones encontradas de técnicos y ecologistas, la falta de información a los consumidores, etc.

En el capítulo cuarto, José Lostao y Pedro Urbano se plantean el futuro de la agricultura en función de las plantas transgénicas, aconsejables para lograr un desarrollo agrario sostenible, mejorar el medio ambiente, frenar el cambio climático y aumentar la seguridad alimentaria, aspectos a los que pueden y deben contribuir los avances biotecnológicos incrementando los rendimientos como ha ocurrido con los de maíz en España, que han pasado de 64'9 qm/ha en 1985 a 98'4 en el 2001.

Salvador Darío Bergel propone, en el capítulo quinto, un control público de todos los productos que afectan a temas clave como salud pública y medio ambiente y, concretamente, de las variedades transgénicas, apuntando que "la necesidad de contar con una regulación adecuada en materia de variedades transgénicas es por lo tanto insoslayable. Dejar un vacío importaría una grave renuncia del Estado a ejercer facultades privativas e indelegables que posee en protección de bienes comunes". Como instrumento adecuado analiza la Directiva 2001/18/CE de la Unión Europea aunque ésta se centre más en el proceso de creación del producto que del producto en sí. Dicha Directiva hace hincapié en la necesidad de análisis cautelares de los productos, responsabilidad de los productores, necesidad de información a los ciudadanos y tener en cuenta sus opiniones.

En el capítulo sexto, Albert Sasson estudia las plantas transgénicas en América Latina, donde cuentan con una notable aceptación social y de los respectivos gobiernos que los consideran cruciales para aumentar la productividad de alimentos y promover un desarrollo agrícola sostenible, especialmente en Argentina donde ocupan 13'5 millones de

hectáreas y donde la superficie de soja pasó de 4'5 a 9 millones de hectáreas entre 1991 y 2000. Aunque sean partidarios de crear organismos de regulación de transgénicos y de informar a los consumidores, no apoyan los estrictos controles europeos por considerar que frenan el desarrollo y porque apuntan que los transgénicos aumentarán entre un 15 y 25% los rendimientos agrícolas en las próximas décadas.

Gemma Trigueros analiza en el capítulo séptimo las valoraciones críticas de los consumidores acerca de las plantas transgénicas a partir de diversas encuestas realizadas en Europa. En el 2001, un 70'9% de los encuestados no quería este tipo de comida por miedo a riesgos sanitarios, pertenecer a multinacionales, exigencia de etiquetado para poder elegir los productos que más les convengan en función de calidad, precio, etc.

Un glosario de los términos científicos usados completa un libro que hace aportaciones de notable interés para los docentes que tienen que explicar aspectos relacionados con los polémicos cultivos transgénicos como producción, comercialización y consumo de alimentos, influencia sobre el medio ambiente y la salud de la población, sobre avances biotecnológicos, etc., motivos más que suficientes para incitar a su lectura.

Francisco Feo Parrondo